

¡Palabra que sí!

Hilda Mar Rodríguez Gómez

Dice Juan Gelman que “Los agujeros de la palabra tienen alma”, y por ese agujero se cuelan la promesa, la evasión, la propuesta, el olvido, la dilación, la espera, la esperanza, la desazón, el temor. Se pierde todo aquello que la palabra no puede asir, lo que queda fuera de su alma, y lo que está en el centro de su poder.

El poder de la palabra está en el lápiz que la escribe o en la mente que la piensa. Tal vez, en la boca de quien la pronuncia, en la voz que la encarna, en el oído que la percibe, en el ojo que la avizora. El poder de la palabra es difuso, se pierde entre comprensiones y malos entendidos, rodea silencios e imaginarias respuestas que, en nombre de la corrección, la ética o el amor, se esperan. El poder de la palabra también es difuso, inasible en ocasiones, se esfuma, y entonces hablantes y escribientes se quedan con el vacío.

El poder de la palabra es un acuerdo, una relación especular que proponemos. Una palabra que no cuenta ni describe, sino una que crea realidades. Una palabra capaz de trastocar el orden, de ofrecer una nueva visión. Quienes amamos las palabras creemos que ellas son aliento y poder; olvidamos que también la palabra ha estado detrás de los totalitarismos, en ella se asientan también las creencias de los otros, de esos otros que creemos tan diferentes. Las palabras son lugar de convicciones, de creencias, de ideales. También son tierra de apátridas, de traidores de la palabra, de su esencia, de su vacuidad, de su resquebrajamiento.

Las palabras, como dice Roberto Juarroz, a veces son sucias, pringosas, desaliñadas. Incluso

pueden ser desagradables, no por el significado (que no se trata de adjetivos), sino por la intención, pues buscan convencer, recortar visiones, decorar el sentido, cambiar el significado. Entonces, asistimos al uso “políticamente correcto de la palabra”, al decorado de los términos, y las palabras se vuelven dulzonas, empalagosas, y entonces, sí que están sucias las palabras. Pues el eufemismo no solo es el culmen del empalago; también es su máscara, la manera de ocultar el rostro. Y parece que se actualizara la vieja discusión: la forma o el fondo. ¿La retórica o la argumentación?

Así lo expresa Juarroz en su poema “Octavo Poema vertical”, 2:

*También las palabras caen al suelo,
como pájaros repentinamente enloquecidos
por sus propios movimientos,
como objetos que pierden de pronto su equilibrio,
como hombres que tropiezan sin que existan obstáculos,
como muñecos enajenados por su rigidez.*

Entonces debemos buscar maneras de levantar las palabras; no esperar a que, como sigue diciendo Juarroz,

*(...), desde el suelo,
las propias palabras construyen una escala,
para ascender de nuevo al discurso del hombre,
a su balbuceo
o a su frase final.*

Levantar la palabra significa aprender a usarla. Dejarla libre para que fluya desprovista de certezas y nos aliente a la escucha, a la observación. Una palabra que muestra las dudas, las vacilaciones. Tomarla del suelo para contemplarla,



Adolfo Bernal. De la serie *He was here, teach me how, señal*. 1987. Impresión tipográfica sobre papel. 35 x 100 cm. Archivo del artista. Cortesía Familia Bernal Henao

desde y para los fragmentos que ella ofrece; porque la palabra está partida, no es un todo que significa, sino un conjunto de piezas que, a veces, encajan para construir sentido. Y otras veces no alcanza esa pieza para nada. El poder de la palabra también está allí, en las ruinas que anuncia, en los vestigios de una intención.

Un paisaje de palabras ruinosas también debe ser una opción por contemplar; que nuestros ojos no solo conozcan el paisaje prístino de unas palabras enmascaradas. Que oteen en el horizonte los vestigios de la grandeza de la palabra que sean memoria de esos tiempos de arriería en que la palabra era acción y promesa, en que ella decía lo que decía, y no otra cosa.

Construyamos con la palabra quebrada, rota, partida, fragmentada, un escenario siempre en construcción; una palabra unida por lo que la separa: el sonido, el sentido, el significado.

Y qué tal si dejamos esas palabras en el suelo, y entonces inventamos la palabra del silencio. Así dice Juarroz en su poema:

*Pero hay algunas que permanecen caídas.
Y a veces uno las encuentra
en un casi larvado mimetismo,
como si supiesen que alguien va a ir a recogerlas
para construir con ellas un nuevo lenguaje,
un lenguaje hecho solamente con palabras caídas.*

Y entonces, no decir será la propuesta. ¡Palabra que sí!

Hilda Mar Rodríguez Gómez es profesora de la Facultad de Educación de la Universidad de Antioquia, Miembro del Grupo de Investigación Diverser. Escribió este texto para la *Agenda Cultural Alma Máter*.